



el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

A propósito del centenario de la ratificación del Plan de Ayala

Carlos Barreto Zamudio
Facultad de Humanidades
Universidad Autónoma del Estado de Morelos

El pasado 19 de julio se cumplieron cien años de la ratificación del Plan de Ayala, firmada en el poblado de San Pablo Oxtotepec, enclavado en un área rural de la parte alta de la Delegación Milpa Alta del Distrito Federal. Este documento debe entenderse como una actualización política del Plan de Ayala de 1911, y a la luz de la renuncia de Victoriano Huerta a la presidencia de la República. A propósito de ello, hacemos una breve reflexión del documento principal del zapatismo de noviembre de 1911 y de su acta de ratificación de julio de 1914.

Uno de los principales jefes revolucionarios de extracción popular del siglo XX mexicano, Emiliano Zapata, así como el zapatismo mismo, transitaron por el hecho de que sus movilizaciones fueran descalificadas por gobiernos, élites, órganos de difusión y empresarios, con una serie de epítetos aterradores que lo acusaban de estar a la cabeza, de partidas de bandoleros, asesinos e incendiarios que aprovechaban la Revolución para cometer toda clase de desmanes.

La tendencia a la descalificación de los descontentos fue (es) una larga tradición. Es sabido que durante la Revolución, a los partidarios de Emiliano Zapata se les descalificó en términos de "hordas criminales de indios capitaneadas por el Atila del Sur. Tradicionalmente se ha usado el término *bandolero* para descalificar a la disidencia o la protesta de las *clases peligrosas*".

A lo largo de la historia post independentista de México, una de las finalidades de los planes políticos fue la de dotar de una *bandera* a un grupo insurrecto. Esto se debió, entre otras cosas, a la necesidad de los descontentos de afrontar la criminalización de autoridades, oligarquías y la opinión pública. Los zapatistas vieron la necesidad de formular un programa que les diera legitimidad revolucionaria, dado el interés de las autoridades de aplicarles un trato de delincuentes. A lo largo de 1911, las distintas autoridades asignaron el término *bandolero* a los zapatistas para decir que no se trataba de campesinos en demanda, sino delincuentes comunes que violentaban el orden y la propiedad. Echando mano de sus recuerdos, el oficial zapatista Francisco Mercado, cercano a la formulación del Plan de Ayala, habló de la urgencia de la jefatura rebelde por formular un plan. Don Francisco lo hizo en términos llanos: "siempre los ratos que platicaba el profesor Montañón con el jefe Zapata, éste quería que hubiera un Plan porque nos tenían por puros bandidos y comevacas y asesinos y que no peleábamos por una bandera".

Históricamente, en el área zapatista se dieron muestras de criminalización del descontento agrario. El uso selectivo de la violencia estatal se radicalizó por estar involucradas tierras de alto valor económico y estratégico. Las acciones de las fuerzas del orden se justificaron por una visión prejuiciada, llena de racismo, de la población rural, como propensa a la irracionalidad y el salvajismo.

La propensión de las autoridades a reprimir la protesta popular fue capitalizada y promovida por los grupos de terratenientes de la región morelense. El artículo 1º del Plan de Ayala, los rebeldes acusan al presidente Madero de haber entrado "en contubernio escandaloso con el partido científico, hacendados, feudales y caciques opresores", sus enemigos.

El círculo de hacendados era un enemigo poderoso, pues sabía hacerse valer ante cualquier administración. Las centrales de hacendados, reaccionaron cada vez que sus intereses fueron afectados. Para las autoridades y un sector amplio de la prensa, las haciendas constituían la única industria que daba vocación productiva al estado de Morelos por lo que, de no existir, el territorio estaría destinado a ser una "comarca de mendigos".

Junto con los recursos, los terratenientes se apropiaron del monopolio de la civilización y el progreso. Por ello, los conflictos de tierras fueron calificados como muestras de barbarie, odio contra el progreso y el resentimiento de los pueblos contra la raza blanca. A la par con el problema de los hacendados, estaba en juego la virulenta criminalización de los zapatistas por la prensa, los sectores ilustrados y el gobierno. El desarrollo de la revolución durante ese año, al interior del estado de Morelos, les mereció a los zapatistas ser comparados con los plateados, el célebre grupo de bandoleros-guerrilleros que asoló la región en los años de la Reforma y la Intervención Francesa.

En los meses que antecedieron a la promulgación del Plan de Ayala, desde el gobierno incluso se buscó la forma de dar el trato de un delito tipificado al hecho de ser zapatista. Un ejemplo es la experiencia de uno de los firmantes del acta de ratificación del Plan de Ayala, Santiago Orozco. Durante la jornada

electoral que llevó a Madero a la Presidencia, Orozco fue puesto preso en Cuautla por distribuir propaganda que postulaba a Zapata como candidato a gobernador. Para las autoridades, Orozco estaba incitando a la violencia y se le apresó bajo el cargo de hacer "apología del cabecilla Zapata".

Después del rompimiento de la alianza con Francisco I. Madero, el Plan de Ayala fue promulgado en Ayoxuxtla, Puebla, a finales de noviembre de 1911. Pero la intención de los jefes zapatistas de detener las acusaciones de bandolerismo no llegó a buen término. Aún después de la promulgación del Plan de Ayala, con que los zapatistas daban a conocer su *bandera*, las acusaciones continuaron. Sujeta a la bandera del Plan de Ayala, la dirigencia del Ejército Libertador buscó cambiar la percepción que había en torno a su movilización y fue consiguiéndolo. Pero el estigma de la criminalización fue una marca para el zapatismo.

La ratificación del Plan de Ayala

Las tropas zapatistas avanzaron hacia la Ciudad de México en 1914; presionaban a Victoriano Huerta para que dejara el poder usurpado a Madero. En el área de Milpa Alta se desarrollaron los principales combates revolucionarios en el Distrito Federal. El ejército de Zapata ocupó Milpa Alta y en San Pablo Oxtotepec instaló su cuartel, puesto que la ubicación de este pueblo facilitaba tanto la comunicación con el zapatista estado de Morelos como la vigilancia de las tropas de Venustiano Carranza que ocupaban la capital. Allí se hizo del apoyo de jefes revolucionarios de la población: José y Alfonso Miranda a quienes terminó fusilándolos por aliarse con Huerta. Sin embargo, el apoyo de la población se multiplicó y siguieron a la jefatura revolucionaria.

Las acciones en la zona de Milpa Alta correspondían a una ofensiva zapatista generalizada en 1914, que contemplaba el dominio pleno del estado de Guerrero, el avance sobre Morelos y la acometida para tomar la ciudad de México. Esto lo terminaría por hacer el 24 de noviembre de 1914, combatiendo al ejército carrancista. Muchos manifestos generados en Morelos y en el Cuartel de San Pablo Oxtotepec, tuvieron la característica de poner un énfasis en el cuidado de la causa revolucionaria: marchar juntos, evitar saqueos y abusos. Evitar publicaciones a nombre de la jefatura.

Fue en el pueblo de Tlalnepantla Cuauhtenco, al norte de Morelos, que Zapata tuvo noticia de la dimisión de Victoriano Huerta. No obstante, lejos de dimitir el ataque sobre la capital, reiteró la ofensiva: "Es bueno repetir que no transigiremos con ningún gobierno si este no entrega los supremos poderes nacionales a la revolución". De tal forma que el Acta de Ratificación del Plan de Ayala, de la cual conmemoramos su Centenario, está estrechamente vinculada con la renuncia de Huerta, el usurpador del poder del Madero, a quien consideraban traidor y en la ruta crítica hacia la Soberana Convención Revolucionaria, la toma de la capital y el Pacto de Xochimilco de diciembre de ese año.

A la muerte de Zapata

No obstante las muestras de compromiso revolucionario y del ascenso del Plan de Ayala al plano nacional --a partir de la consolidación de su propuesta durante la Convención, de la ratificación en San Pablo Oxtotepec y de los acuerdos con Villa--, las acusaciones no acabaron.

Para presentar una muestra de lo mencionado, damos un salto hasta abril de 1919. Apenas seis días después del asesinato de Emiliano Zapata, Pablo González, responsable de la *obra de pacificación* en el estado de Morelos para el régimen carrancista, daba a conocer su percepción del zapatismo y el Plan de Ayala. Receloso ante las consecuencias que tendría la reivindicación de la figura y el ideario del líder recientemente asesinado, Pablo González mandó desde su cuartel en Cuautla un mensaje a la "prensa sediciosa" y a "politicastros que medran empollando todas las sediciones y los despechados": una vez desaparecido Zapata, el zapatismo había muerto.

En opinión de Pablo González, sería vana la labor de "hacer un mártir al impenitente bandolero, altares al criminal feroz y clamar, con las exaltaciones líricas que se consagran a los semidioses y a los héroes" a quien "fue la encarnación de la más estúpida barbarie y la negación de todo ideal". Para González, quien invocaba a las leyes de la naturaleza, a lo largo de sus años en rebeldía, Emiliano Zapata desperdició la oportunidad de ser considerado siquiera un revolucionario de medio pelo. Las razones que exponía de Zapata tenían que ver con "su vida miserable y vulgar y por su cretinismo congénito, por su absoluta inferioridad mental, pudiendo ser una apóstol, un redentor,

un héroe, fue simplemente un bandolero, un criminal, un azote maldito de su propia tierra y de los mismos infelices que alguna vez pusieron en él sus esperanzas”.

González continuó con los calificativos demoleadores dirigidos a Emiliano Zapata. Ratificaba todos los mecanismos de criminalización y descrédito con un lenguaje saturado de prejuicios: “el trágico Atila suriano [...] ciego cayó para no levantarse más, como tenía que caer por el ineludible imperio de la ley biológica, que condena a los seres inferiores y deformes y que hará siempre triunfar a la civilización sobre la barbarie, a la cultura sobre el salvajismo a la humanidad sobre la bestialidad”.

Una vez muerto Zapata, a Pablo González le quedaba la tarea de arrasar el ideario zapatista condensado en el Plan de Ayala, a razón de que “ninguna idea precisa y alta puede subsistir en su memoria”

Nada podrá significar ya ni el Plan de Ayala, esa bandera nominal de las hordas surianas, porque el Plan de Ayala, más que una idea, era un grito que se enseñó a repetir mecánicamente a los secuaces de Emiliano,

para disfrazar en algo su inconsciencia. Todos lo tenían en sus labios; ninguno en el corazón ni en el cerebro. Todos lo nombraban y nadie lo entendía. Documento confuso, mal forjado, hasta ininteligible en ciertos párrafos que no están escritos ni en castellano, es un galimatías de frases huecas contra científicos y caciques que sólo revela la vanidad de pensamiento de autores y que no señala ningún derrotero preciso, ninguna forma práctica para solucionar el problema en que pretendía estar inspirado: el problema agrario.

El destino que siguió el Plan de Ayala, sería distinto al que profetizó Pablo González. Hay que ponderar su cuadro de intenciones frente al ambiente de denuedo en medio del cual se promulgó y difundió, lo que fue matizado hasta el proceso de institucionalización de la figura de Zapata. En un momento muy cercano a su muerte, los gobiernos emanados de la Revolución pronto “hicieron suyo” al Plan de Ayala. Aunque afectada su valoración por los prejuicios hacia los surianos, el programa zapatista conllevó una fuerte reivindicación frente a la

Mitos y devoción en la ofrenda o Huentle a los Aires en Coatetelco, Morelos

Janeth Pineda Paredes
Proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el nuevo milenio

El artículo que a continuación se presenta tiene su centralidad en el registro etnográfico del huentle u ofrenda a los aires, que se lleva a cabo en la víspera de la fiesta al Santo Patrono, San Juan Bautista, el 23 de junio en Coatetelco. Existe un conjunto de fiestas, tradiciones y rituales que dan identidad y cohesión a esta comunidad de tradición cultural indígena, entre ellas destaca la mencionada ofrenda que tiene como propósito ofrendar alimentos a los aires para asegurar una cosecha abundante a través de un “buen temporal”.

En el imaginario de los habitantes de Coatetelco los aires son “angelitos del cielo” y los asocian con niños, refieren que los aires son los encargados de mandar el “agua buena” para regar sus cultivos. Dar huentle a los aires, es una costumbre que ha sido heredada de generación en generación y se cree, que si no existe una relación de reciprocidad por parte de la gente hacia ellos, esto puede provocar desastres en sus cultivos mandando “aguas malas” (como inundaciones) y sequías afectando sus sembradíos, con lo que podría ocurrir una pérdida invaluable.

“Los airecitos nada más se conforman con el olor, con eso nada más basta para ellos, que se entiende que son airecitos” (Testimonio Don Marino, Coatetelco 1992).

El testimonio que fue tomado del programa de televisión, titulado Coatetelco: ofrendas para Tláloc y San Juan Bautista y realizado en 1992 por Ricardo Chacón y coordinado por Luis Miguel Morayta Mendoza dentro del canal tres. Durante la investigación se obtuvieron diversos mitos, que explican por qué los lugareños mantienen la práctica ritual de, “dar de comer” a los aires, a través del huentle.

Doña Sosy de 89 años nos refirió la siguiente narración 16 de mayo del 2014: “Hubo una muchacha, que iba con su mamá [pasó] un remolino, y dice que se le metió debajo de ella y se hizo embarazada. Después nació un niño, su mamá se enojaba. La hija enuncia: “no mamá si yo nada”, y ella le preguntó: ¿por qué así te encuentras?, responde “pues esto que pasó, te acuerdas del remolino que pasó allá, fue el airecito, y ahora pues nació el bebé”. La mamá no lo mató, que agarra el bebé y lo va a tirar ahí junto a las hormigas bravas, quien sabe cuánto [tiempo] pasó pero no lo comieron. La madre al ver vivo al bebé que se acerca (a un río, y lo arrojó). Por ahí estaba un pescador, él andaba atarrayando y el bebé lo [cubrieron] los pescados del agua, estaba vivo el niño, el pescador lo sacó, lo jaló y lo enredo con su atarraya y se lo llevó a su domicilio.

No tenía [hijos] el pescador [llegó a su casa] y le muestra a su mujer: “mira me jalle un niño en el río”, la esposa alega: “voy a creer que en el río y no se ahogó”. Pescador: “no mujer, no se ahogó, ándale a ver qué cosa le das de comer el niño”. Lo agarró la señora, lo arrulló como si fuera su hijito, y creció, creció pero nada más como de ocho o de diez años y los dejó.

Antes de que se fuera el niño expresó: “mira papá vamos a sembrar la parcela fulana, porque ya estoy grandecito”, respondió el papá -hay hijo estas chiquito-, contestó: “no papá, si yo tengo mis hermanitos ellos me van ayudar a desmontar”.

Sembraron, el padre consiguió semilla el niño argumenta: “vas a ver mañana, cuando amanezca ya está disipado”, y pues eran los aires, que le iban a disipar todo. Creció la milpa, el niño le dijo ahora sí papá, ya vamos acabar de darle la mano a la milpita, ¿sabes lo que quiero? qué cosa hijo, indica: mira quiero que me hagas tepache, mole verde y unos tamalitos, para que el día que vamos acabar yo y mis hermanitos, les voy a “dar de comer”.

Su mamá le hizo el mole y los tamales, el papá el tepache. Cosecharon mazorcas grandes y decía mi abuelita que eso hizo el niño, pero ya después lo vinieron a traer los airecitos. Nada más de repente vino un remolino, y se lo llevó el niño. Y así nos platicaba mi abuelita, nos decía que no andemos por donde quiera porque hay aires, pues ancina las creencias de antes, porque ahora no lo pueden olvidar también (los campesinos), no lo han dejado, porque todavía le hacen (su



Preparativos del huentle, machacando la semilla de pipián para el mole que será ofrendado a los aires /Coatetelco, Morelos/Junio 2014/ Janeth Pineda Paredes

huentle) y aunque ya no es igual, porque antes hasta en mexicano les hablaban, y el que sabía más y entendía era don Marino, les hablaba los airecitos, todo en mexicano, pero ya los más principales ya terminaron, ahora con los chamacos ya no es igual, ellos piensan que ya es antiguo”.

Druzo, Maldonado menciona en su obra: Religiosidad indígena. Historia y etnografía Coatetelco, Morelos, INAH, México, 2005. (2001: 399 - 400):

“El rito agrario del Huentle a los aires, hoy en día se lleva a cabo a lo largo y ancho del territorio ejidal, en el cual existen 18 espacios cargados de un significado religioso en un marco de temporalidad. Espacios distantes de la cotidianidad que se integran con elementos hidrográficos, ortográficos, pétreos y florísticos, impregnados de sacralidad”.

El autor nos señala el significado religioso que enmarca el ritual del huentle a los aires, una dualidad entre una tradición de origen prehispánico y, por el otro, la religión católica, es decir, la ofrenda a los aires es dirigida a Tláloc, y la deidad cristiana a San Juan Bautista.

En el video ya referido se observa la elaboración del huentle, previo al ritual y muestra algunos de los lugares sagrados, donde Don Marino (guiador) es el encargado de dialogar con los aires y ofrecerles los alimentos y “regalos” preparados por hombres y mujeres.

Preparación y tendido del huentle a los aires

Cada dos años se releva una familia de la comunidad para que en su vivienda se elabore el huentle a los aires. Un integrante del grupo de “los guiadores” es el encargado de dialogar con los aires, en tanto los demás (son “vasallos”), ayudan a cargar los alimentos y los objetos rituales que serán puestos en la ofrenda: cuetes; cigarros; velas; estandartes de baritas ocote e hilos de colores verde, blanco y rojo; y la comida. Esta última compuesta por una olla con mole verde, tamales de pollos pequeños, 24 tamalitos nexos y de frijol negro, tepache (elaborado con jugo de limón, alcohol puro y piloncillo). Todo esto tiene que ser en pequeño, porque la creencia de los pobladores es que los aires son niños y se les tiene que “dar de comer”, y que en reciprocidad les manden un “buen temporal” para el éxito de sus cosechas.

La familia que toma el cargo, no solventa sola económicamente la ofrenda sino que recibe una parte de la cooperación y limosna que recolectó la junta de festejos de San Juan, la “que” se efectúa a partir del primer domingo de junio, la comitiva pasa en cada uno de los domicilios de los habitantes. En esta ocasión la cuota fue de 100 pesos por familia en toda la comunidad, cabe mencionar que existen otras agrupaciones religiosas en el poblado. Las familias que están en estos grupos no cooperan para la organización de la fiesta. La limosna siempre es en especie (maíz, semilla de pipián, pollos, leña, entre otros). La organización es muy precisa, ya que las mujeres elaboran los alimentos y los hombres el tepache y los estandartes.

En la celebración de este año se realizaron los preparativos del huentle a los aires, en el domicilio de don Juan Octaviano. Este año el grupo se dividió en dos partes, argumentando que el año pasado no les alcanzó el tiempo para realizar las ofrendas que se entregan en 14 lugares sagrados en donde se cree que se concentran los aires.

En el trabajo de campo, nuestro equipo de investigación acompañó al grupo por los parajes de la laguna de Coatetelco y del Rodeo, que concentran 8 espacios sagrados donde viven los airecitos: la Candelaria (a orillas de la laguna), el Capiri, el Teponacillo, el Texcal, los Lavaderos, el Muelle, Moctezuma y el Dique.

La puesta de la ofrenda en cada uno de estos lugares tiene un orden: el guiador coloca un trozo de papel estraza, dos estandartes, dos velas, dos jarritos con tepache, dos cazuelitas con mole verde con un tamal de pollo pequeño junto con 24 tamalitos y lo sahúma. Para anunciar que ya está puesta la ofrenda se queman dos cuetes.

Huentle a San Juan bautista

Por la tarde noche del 23 de junio, la comitiva de la junta de festejos salen en procesión de la vivienda, del que fue electo como presidente de la fiesta de “San Juan”, con las ofrendas dirigidas a esta imagen. El recorrido se realiza en las principales calles de la comunidad, el destino es la iglesia que lleva el nombre



Tamales nexos en miniatura para los airecitos /Coatetelco, Morelos/ junio 2014/ Janeth Pineda Paredes

de esta imagen católica. Una vez estando en la iglesia comienzan a colocar los alimentos en una mesa; la adornan con hojas de plátano y sobre éstas colocan los alimentos como: mole, tamales, marquesotes, chocolate, entre otros.

Paralelamente, las dos ofrendas a San Juan y a los aires se llevan a cabo el mismo día, los campesinos principalmente ofrendan a los aires en los parajes sagrados, mientras que el otro grupo localmente conocido como comité de la junta de festejos de san Juan ellos ofrendan en la parroquia. Este segundo grupo está integrado en su mayoría hombres que se dedican a otros oficios en el poblado, (albañiles, hojalateros, entre otros). Estos hombres son los encargados de llevar la ofrenda dedicada a San Juan Bautista, donde participan la mayoría de las familias de la comunidad y es la más perceptible para los coatetelquenses porque se lleva a cabo en el interior del pueblo.

Hay una dualidad entre las dos ofrendas: enuncia Maldonado (2005: 51) que el culto a los aires es de carácter prehispánico, sin embargo fueron evangelizados los habitantes de Coatetelco por los Franciscanos y por consiguiente les impusieron la deidad católica San Juan Bautista. Por ende los pobladores realizan las dos ofrendas, en una hay más participación de los pobladores que es la fiesta de San Juan Bautista, en el huentle a los aires menos participación y a pesar de esta circunstancias se sigue realizando año con año.

Comentarios Finales

En muchos pueblos del país que dependen de la precipitación pluvial para lograr sus cosechas mantienen la tradición cultural indígena de “petición de lluvia”, y la localidad de Coatetelco no es la excepción. Tal como refiere doña Sosy en el mito que compartió, aunque ya no cumplen el ritual de “petición de lluvia” como en décadas anteriores, los campesinos de “edad más avanzada” siguen realizando el rito para asegurar el “buen temporal”, y por supuesto sin dejar de organizar la fiesta a San Juan Bautista, la cual es la más importante para los pobladores, porque es el santo patrón del pueblo y es quién también intervienen para tener suficientes lluvias.



Una olla con mole verde, se destina para cada grupo de los “guiadores” encomendados en llevar la ofrenda a los parajes sagrados /Coatetelco, Morelos/ junio 2014/ Janeth Pineda Paredes



Partiendo a los parajes sagrados, con los elementos para el huentle a los aires / Coatetelco, Morelos/ junio 2014/ Janeth Pineda Paredes

Los campesinos de “edad avanzada” manifiestan una gran preocupación por la falta de interés de los jóvenes de seguir realizando sus costumbres, por ello en los últimos años se han dedicado a transmitirles sus conocimientos para que se involucren más en los rituales que se llevan a cabo durante todo el año en la comunidad y con ello que perduren dichas tradiciones y costumbres.

Bibliografía

Maldonado Jiménez, Druzo, “Cerros y volcanes que se invocan en el culto a los “aires” en Coatetelco, Morelos”, en Johanna Broda, Stanislaw Iwaniszewski y Arturo Montero (coords.), La montaña en el paisaje ritual. INAH-CONACULTA/ IIH-UNAM/BUAP, México, 2001.



Colocando el huentle a los aires a orillas de la laguna. En el paraje denominado “La Candelaria” /Coatetelco, Morelos/ junio 2014/ Janeth Pineda Paredes



Ofrenda tendida en un paraje denominado “Los Lavaderos” /Coatetelco, Morelos/ junio 2014/ Janeth Pineda Paredes



el tlacuache

CONACULTA • INAH

Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos

www.morelos.inah.gob.mx

Órgano de difusión de la comunidad de la Delegación INAH Morelos

Consejo Editorial

Eduardo Corona Martínez
Luis Miguel Morayta Mendoza

Israel Lazcarro Salgado
Raúl Francisco González Quezada

Coordinación editorial de este número: **Luis Miguel Morayta Mendoza**
Diseño y formación: **Joanna Morayta Konieczna**

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de sus autores